



Archdiocese  
of Toronto

Catholic Pastoral Centre  
1155 Yonge Street  
Toronto, Ontario M4T 1W2  
T 416.934.0606  
www.archtoronto.org

Homilía del Excelentísimo y Reverendísimo  
Francis Leo, Arzobispo de Toronto  
24 de septiembre de 2023 - Domingo del Administrador de los Bienes Divinos

Alabado sea Jesucristo.

Mis queridos hermanos y hermanas,

Alabado sea Jesucristo.

Mis queridos Hermanos y Hermanas,

Ser justo y equitativo es una virtud que admiramos mucho en estos tiempos. Nadie quiere sentir que ha recibido la peor parte o ha sido tratado de manera no acorde a su dignidad y valor. Y hay mucha legitimidad en esta idea. La noción de equidad es parte de nuestro ADN como seres humanos y subraya que todos tenemos ciertos derechos inalienables que deben ser respetados.

Pero cuando lo aplicamos a los tratos del Señor con nosotros y con los demás, no parecer una idea noble y santa, ya que estaríamos juzgando las acciones y actitudes del Señor desde la perspectiva de nuestras propias categorías y punto de vista. Siempre cometemos una grave injusticia contra el Señor mismo cuando hacemos esto, ya que, como Dios mismo nos dice a través de la voz del profeta Isaías (55,8-9) en la lectura de hoy: "Mis pensamientos no son sus pensamientos, ni sus caminos son mis caminos, dice el SEÑOR. Tan altos como los cielos están por encima de la tierra, así de altos están mis caminos por encima de sus caminos y mis pensamientos por encima de sus pensamientos."

En este sentido, podemos preguntarnos hoy: ¿Pienso siempre como Cristo? ¿Están mis convicciones arraigadas en las palabras y ejemplos del Salvador del mundo? ¿Están inculcadas mis acciones por el Espíritu del Evangelio? ¿Me hago disponible a las inspiraciones y llamados del Señor? ¿Cómo "pongo la mente de Cristo" cada mañana y paso por mi día dando un pedazo de mi corazón al necesitado, tal como lo hizo Jesús? ¿Estoy en la misma sintonía que el Señor y ajusto regularmente mi comprensión a la suya? Muchas preguntas, sin duda, pero saludables, creo, ya que nos ayudan a echar un buen y honesto vistazo a lo

que está ocurriendo en nuestro corazón, ya que de allí fluyen nuestras acciones y elecciones de vida. La belleza de esta transformación tan necesaria de la mente y el corazón es que, cuando nos volvemos al Señor con fe y humildad, y lo invocamos como hijos amorosos a su Padre amoroso, él se acerca a nosotros en su grandeza, misericordia, bondad, compasión y santidad. Esto es lo que nos enseña el Salmo 144 de hoy.

Celebramos hoy, como todos los domingos, el Día del Señor: la celebración semanal de la Pascua del Cristo Resucitado, cuando la familia de creyentes se reúne para adorar, interceder y alabar, en comunión con Cristo nuestro Sumo Sacerdote Eterno. Sin embargo, este domingo en particular, también celebramos de manera más intencional, el Domingo de Administración de los bienes de divinos. Reflexionando sobre la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia, reconocemos que hemos recibido mucho de la bondad del Señor y también hemos sido llamados a reconocer humildemente, desarrollar diligentemente y compartir generosamente todo lo que somos y todo lo que tenemos, por el bien del Reino de Dios.

El mensaje del Evangelio de hoy nos habla sobre la generosidad de Dios y nuestra responsabilidad, en efecto, aspectos cruciales y vitales de nuestro caminar en la fe. Es una de las varias parábolas que Jesús utilizó para transmitir verdades sublimes de su Reino, como, por ejemplo, quién es Dios, quiénes somos nosotros, de qué se trata la humanidad, nuestra vida en la tierra y nuestro camino hacia el Cielo. La Parábola de los Trabajadores de la Viña (Mateo 20:1-16) que escuchamos este 25° domingo del Tiempo Ordinario, nos refleja a cada uno de nosotros como discípulos del Maestro que nos ha bendecido a cada uno con dones diferentes y abundantes. ¿Qué estamos haciendo con ellos, cómo los estamos utilizando, generosa y responsablemente para difundir y fortalecer el Reino de Cristo entre nosotros?

La historia que Jesús relata es la de un amo que contrata a trabajadores para cosechar uvas y lo hace en diferentes momentos del día, de manera que al final del día, algunos han trabajado solo unas horas mientras que otros han trabajado todo el día. Y luego escuchamos cómo algunos están molestos y hay murmuración porque cada trabajador recibió el mismo salario, sin importar

cuántas horas trabajaron. ¡Para colmo de males, aquellos que llegaron al último, recibieron su pago primero! Casi podemos escucharlos gritando: "¡No es justo!" Pero el amo pagó a aquellos que trabajaron todo el día exactamente lo que les había dicho que recibirían. Simplemente decidió ser aún más generoso y pagar a todos, incluso a aquellos que llegaron a la undécima hora, el salario completo de un día. Ser justo es una cosa, y sin duda es importante; pero ser extra generoso es aún mayor, desde el punto de vista de Dios. Sus caminos no son nuestros caminos. Esto nos recuerda la necesidad de ampliar nuestra propia perspectiva, ensanchar nuestros corazones, evitar ser mezquinos en la forma en que pensamos y actuamos, ya que no hay nada pequeño ni mezquino en Dios. Sus pensamientos están por encima de nuestros pensamientos. La pequeñez de corazón no es un rasgo atractivo ni virtuoso. La generosidad de Dios trasciende por completo la generosidad humana. Estamos invitados a adoptar una mentalidad de Reino ya que, en última instancia, Dios es responsable de todas las bendiciones que poseemos y disfrutamos en esta vida. El regalo increíble de la vida misma nos fue dado como un regalo gratuito e inmerecido. Además, ¿no es cierto que todos poseemos una parte de diferentes talentos y habilidades naturales y físicas, incluidos también, los diferentes dones espirituales e intelectuales? Seguro que varían mucho, de persona a persona. Sin embargo, lo que todos tienen en común es que nos son distribuidos como dones gratuitos por el mismo Espíritu Santo, el Señor y Dador de vida. El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña (1830): "La vida moral de los cristianos es sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estas son disposiciones permanentes que hacen que el hombre sea dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo".

Reflexionemos un poco en esto. Qué bendecidos somos por haber recibido una nueva vida en el Bautismo. En ese momento tan sagrado e inolvidable de nuestras vidas, nacimos de nuevo y nos convertimos en hijos de nuestro Padre Celestial, discípulos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y miembros de la Santa Madre Iglesia. También se nos dio a María para que fuera nuestra madre espiritual. De la superabundancia de amor por nosotros, recibimos los dones de la fe, la esperanza y caridad, las virtudes teologales, como poderes y capacidades para estar unidos a Dios. Y por si fuera poco, también se nos dieron los siete dones del Espíritu Santo para perfeccionar nuestra fe, esperanza y caridad, que a su vez también fueron fortalecidas e intensificadas en nosotros aún más con el

sacramento de la Confirmación. Y luego, no debemos olvidar los frutos del Espíritu Santo, como enseña el Catecismo, que son "perfecciones que el Espíritu Santo forma en nosotros como primicias de la gloria eterna" (1832).

Reflexionemos un poco en esto. Qué bendecidos somos por haber recibido una nueva vida en el Bautismo. En ese momento tan sagrado e inolvidable de nuestras vidas, nacimos de nuevo y nos convertimos en hijos de nuestro Padre Celestial, discípulos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y miembros de la Santa Madre Iglesia. También se nos dio a María para que fuera nuestra madre espiritual. De la superabundancia de amor por nosotros, recibimos los dones de la fe, la esperanza y caridad, las virtudes teologales, como poderes y capacidades para estar unidos a Dios. Y por si fuera poco, también se nos dieron los siete dones del Espíritu Santo para perfeccionar nuestra fe, esperanza y caridad, que a su vez también fueron fortalecidas e intensificadas en nosotros aún más con el sacramento de la Confirmación. Y luego, no debemos olvidar los frutos del Espíritu Santo, como enseña el Catecismo, que son "perfecciones que el Espíritu Santo forma en nosotros como primicias de la gloria eterna" (1832).

Eso es solo un pequeño vistazo al tipo de generosidad sobrenatural que fluye continuamente del corazón de Dios a cada uno de nosotros a través del ministerio de la Iglesia. Cuando consideramos a los superhéroes de la Iglesia, los Santos, nos quedamos asombrados y alentados a seguir su ejemplo también, ya que son brillantes reflejos humanos de la abundante generosidad de Dios.

Pero déjenme avanzar un paso más. ¿Nos damos cuenta de que existe una categoría completamente diferente de dones espirituales e invisibles que Dios derramó generosamente en nuestras vidas? Les llamamos carismas y están íntimamente ligados a la invitación universal, a la santidad y al servicio. Como ven, estos diferentes dones, distribuidos por el Espíritu del Señor Jesús Resucitado, no son tanto para nuestra propia santificación (las tres virtudes teologales y los siete dones del Espíritu Santo están destinados a esto) sino para el servicio a los demás, para edificar el Cuerpo de Cristo, su Reino en la tierra. No existe una lista exhaustiva de carismas, aunque San Pablo menciona algunos en sus cartas. Sin embargo, son reales, numerosos y hechos a la medida para el servicio que estamos llamados a realizar en el Nombre de Jesús. La

corresponsabilidad, entendida en su sentido más amplio, significa identificar estos carismas, desarrollarlos y compartirlos generosamente con los demás. Van desde el don de lenguas hasta la profecía, desde el matrimonio cristiano hasta la sanación y los milagros, desde la hospitalidad y el servicio hasta el discernimiento y la administración, por nombrar solo algunos.

Más aún, los carismas no estaban destinados solo a los comienzos de la Iglesia como si Dios hubiera decidido dejar de darlos una vez que la Iglesia ya se estableciera. Nada podría estar más lejos de la verdad. De hecho, la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II enseña que: "Repartiendo sus dones, a cada uno según su voluntad, el Espíritu Santo distribuye gracias especiales entre los fieles de todos los rangos... Estos dones carismáticos, ya sean los más destacados o los más sencillos y más difundidos, han de recibirse con acción de gracias y consuelo, porque son sumamente útiles y adecuados a las necesidades de la Iglesia» (LG, 12). La buena nueva es que todos estamos invitados a discernir la presencia de los carismas en nuestra vida, ya que verdaderamente son capacidades poderosas, vivificantes y especiales dadas a todos los bautizados precisamente para capacitarnos para ser testigos creíbles y instrumentos eficaces de la gracia de Dios para nuestras hermanas y hermanos. Estas gracias se nos entregan, para ser ejercitadas al servicio del Cuerpo Místico, la Iglesia. Sin embargo, es deber de los ministros del Cuerpo de Cristo el coordinarlos. De hecho, nuestro Bendito Señor otorgó a los apóstoles y a sus sucesores el carisma de jefatura o liderazgo, que tiene por objeto unificar y alentar estos dones particulares para que lleguen a su madurez y trabajen juntos en armonía para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

También es cierto que como seres humanos todos tenemos ciertos talentos naturales, heredados de nuestros padres. Pero los carismas son una clase distinta. Sabemos que nuestra vida como discípulos de Jesucristo está destinada a glorificar al Señor y servir a nuestras hermanas y hermanos. Damos al Señor todo lo que somos y todo lo que tenemos y hacemos de nuestra vida un sacrificio vivo y espiritual de alabanza (cf. Rom 12). Ofrecemos intencionalmente a su servicio nuestras habilidades naturales y nuestros talentos innatos, nuestras destrezas, nuestras experiencias y todo lo que nos hace únicos y dotados. Todo para su mayor propósito y mayor gloria. Los carismas vienen a

nosotros como una característica adicional de los dones, la capacitación que Dios nos da para cumplir Su misión. El ministerio carismático, ya sea en nuestras comunidades parroquiales o en otros modos de vida cristiana comunitaria, siempre nos llenan de energía, alegría, libertad y sentido en nuestro vivir cotidiano. A medida que discernimos nuestros propios carismas y los ponemos al servicio de la comunidad en general, eso nos ayuda a comprender y celebrar los carismas y los dones de los demás también.

En su libro la Summa Theologica, (IIaIIae, 133) Santo Tomás de Aquino habla sobre el vicio de la pusilanimidad o pequeñez de corazón por el cual uno se retrae de utilizar apropiadamente los dones que Dios le ha dado. Se opone a la virtud de la magnanimidad, que efectivamente le permite a uno considerar cuidadosamente los dones que Dios le ha dado y realmente elige desarrollarlos, usarlos y resaltarlos en la vida personal como un medio para honrar al Señor y ayudar a la comunidad. En otras palabras, es una forma de luchar por la excelencia. Para citar al Doctor Angélico: “Porque así como el hombre magnánimo tiende a las cosas grandes por la grandeza del alma, así el hombre pusilánime retrocede ante las cosas grandes por la pequeñez del alma”. En esto también encontramos un llamado a convertirnos, cada día un poco más, en hombres y mujeres que van por la vida eligiendo testimoniar y recorrer el camino con corazones grandes, generosos y caritativos, magnánimos con la generosidad que el Señor nos ha concedido.

Finalmente, como el papel de la Iglesia es evangelizar, cada uno de nosotros tiene su papel en esta Gran Misión (cf. Mateo 28). Nuestros carismas también están destinados a capacitarnos para hacer nuestra parte en la difusión del Evangelio de Cristo, a tiempo y a destiempo. En un ambiente comunitario parroquial promedio, la administración de los bienes divinos se la hace identificando los carismas y alentando a usarlos con generosidad, humildad, creatividad y responsabilidad. Esto es mucho más que girar un cheque o hacer sándwiches. Identificar y suscitar los carismas ya presentes en la vida de nuestros hermanos y hermanas permitirá experimentar un mayor amor, ya que el mayor don de todos, como recuerda San Pablo a los Corintios (cf. 1 Cor 13), es el poder unificador del amor transformador de Dios. . ¡Cuán maravillosamente transformadas serán todas nuestras comunidades y cómo brillará aún más la luz

de Cristo en y a través de nuestras propias vidas y las vidas de nuestras parroquias, si solo aprovechamos estos dones especiales, otorgados gratuitamente por el Santo Espíritu y los usamos como deben ser usados!

Hermanos y hermanas, hoy que celebramos el Domingo de la Administración Responsable, agradezco a todos muy sinceramente por todo lo que hacen para promover el Reino del Señor entre nosotros cuando eligen ser generosos con todo lo que son y lo que tienen. Acordémonos cada día un poco más de los muchos dones del Señor en nuestras vidas; seamos agradecidos por ellos y seamos generosos al compartirlos con los demás. Nuestra Madre María, también aquí, viene en nuestra ayuda como el mejor modelo a imitar en el seguimiento a Jesús. Ella estuvo siempre abierta y dócil a los dones del Espíritu Santo, bondadosa en usarlos para la gloria de Dios. Ella siempre decía Sí a los designios de Dios y ponía en acción Su santa voluntad. Como Madre de la Iglesia, ella sigue orando por nosotros y llevando nuestra oración a Jesús como lo hizo con los recién casados en las bodas de Caná (cf. Jn 2). Dirijamos ahora nuestros corazones a ella, pidiéndole su intercesión mientras pensamos cómo, en nuestra vida personal y en la comunidad, podemos ser administradores responsables, alegres y fructíferos de los muchos dones de Dios. Ave María...